

Se dice de mí

Vivimos en sociedad, no somos ni estamos solos, hay acciones que impactan a los otros y eso deriva en que se digan cosas de los demás, de alguna manera co-construimos la percepción del Otro.

De mí se han dicho muchas cosas, obviamente varían según el entorno en el que me desenvuelvo, conozco algo de lo que se dice de mí, parte de eso me hace sentir orgullosa, satisfecha, se que hay miradas tiernas, compasivas, empáticas, solidarias, apoyadoras; otras de las cosas que se dicen de mí duelen, reconozco la parte de responsabilidad que tengo para que esos otros tengan una idea dura y nada amable de mi, y hay, sinceramente, personas y aspectos de los que no me interesa saber, qué se dice de mí.

Aquí me abro para que lo que se dice de mí, surja desde lo que soy, desde mi interpretación de lo que pasa, así que me explico desde diferentes ángulos, probablemente, en algo empaten con los tuyos, te sirva de reflejo para verte a ti, para comprenderte a ti, y si no es así, leerme será simplemente entrar al mundo de otro, otro distinto a ti.

I. Abro.

Aquí estoy, es verano en mi ciudad. Verano sin calor y con lluvia, la cual cayó incesantemente durante la noche. Abro los ojos. El cuarto está en penumbras, afuera aún no clarea. Me siento en la cama, mis pies tocan la madera del piso, camino, casi con los ojos cerrados hacia el baño. Regreso a la cama. Un rato más, no sé cuanto.

Sé que es hora de empezar el día, y con la poca luz que se filtra por el resquicio de la persiana, bajo los 14 escalones intentando no hacer ruido, anticipo que cuando ponga el pie en el penúltimo, gemirá bajo mi peso.

Camino aún adormilada hacia la cocina. Siento el piso frío, y empiezo a despertar. La rutina diaria de calor, sal, grasa y ácido, comienza. Cuando termino, abro su

puerta despacio. Me acerco, y toco su cabello oscuro, grueso y ligeramente rizado, que heredó parcialmente de mí, pero que se parece más al de mi papá.

A esta hora, es muy difícil lograr ver su cuerpo largo y delgado, 1.72 cm casi desparramados en la cama, o como un ovillo en los pocos días que pasa frío. Me siento en la orilla y despierta, se resiste a salir de la comodidad y temperatura agradable.

Afuera sigue oscuro. Procuero minimizar los sonidos, hay dos almas más que aún descansan.

Le deseo buen día, abro la persiana, y dejo que desayune y se aliste solo. Esta rutina matutina ha sido la negociación a la que hemos llegado, respetando su necesidad de ser lo más independiente que se puede a su edad, y la mía de seguir dándole estructura y alimento, hablando en el sentido literal.

Hay veces que quisiera abrazarlo, meterme en la cama con él, estrujarlo, comérmelo a besos, y hay días, afortunadamente cada vez menos, en las que no quiero verlo.

Sé que es normal, que estamos danzando a un ritmo que nos es desconocido a ambos, que él fluctúa entre dos mundos en los que no acaba de sentirse del todo cómodo, y que yo me enfrento no sólo a perder al crío que podría llevar de la mano, sino que este jovencito que tengo enfrente tiene tanto de mí, y a la vez es tan diferente, que me confronta con todo lo que soy y lo que no, él representa también todo aquello que desee ser y no me atreví, y me da orgullo, y a veces también me frustra y me impacienta.

Lo dejo solo, subo de nuevo y me refugio, por 20 minutos más en la calidez del lecho. A mi lado está él, mi compañero de camino desde hace 17 años. Aún duerme, en este tiempo, en pocas ocasiones hemos podido conciliar horarios. Cierro los ojos, y en ocasiones logro dormir de nuevo, a veces solo respiro, fantaseo, oigo el ritmo más acelerado de mi hijo cuando sale de casa, y como la ciudad comienza a volver a la vida, otras veces solo pienso.

Abro los ojos otra vez, bajo de nuevo esos 14 escalones, repito la rutina, a esta hora ya hay luz afuera.

Abro la puerta, abro la persiana, a veces le canto, a veces la beso, a veces la aprieto, y se ríe, y me gusta, con ella si hay ocasiones en que llego a acostarme, solo cinco minutos, siento su cuerpo pequeño, delgado y fuerte, que a esa hora siento deliciosamente más cálido que el mío. Disfruto estos momentos de quietud y calma. Dentro de poco comenzará el correr habitual.

Mientras desayuna, alisto algunas cosas, cada día varía pero básicamente es lo mismo, la cotidianeidad de ser mujer en casa en una sociedad hegemónicamente masculina. Abro la persiana, abro la ventana, subo las escaleras, me visto y salimos rumbo a su escuela.

Regreso, abro la puerta, y comienzo la misma rutina, con sus variantes, por tercera ocasión. Ahora es mi turno, preparo agua caliente para un té. Me encanta, más que el sabor, el mantener mis manos en la taza humeante, es de esos otros momentos que realmente disfruto en mi día.

Mientras vivo mi pequeño ritual, generalmente parada, preparo su café. Somos tan distintos y complementarios, el *coffee people*- yo de tés, el nocturno-yo diurna, el de perros-yo de gatos, más un largo etc.

Generalmente desayunamos juntos, después el comienza a alistarse para salir, si así es un abrazo y un beso rápido en los labios, aunque hay ocasiones que se queda un rato más. Yo abro las ventanas, y subo, otra vez, esa escalera. Arriba, abro las persianas, abro las ventanas de nuestro espacio compartido. Miro nuestro rincón de naturaleza cada vez que abro una ventana, la lavanda y las suculentas en los cuartos de ellos, las rosas, el limón y hasta el perejil en el nuestro. Veo y oigo cantar a los pajaritos que llegan, a lo que me imagino será un oasis en esta jungla de concreto.

Me desvisto, abro la llave, y el agua caliente recorre desde mi cabello hasta la planta de los pies. Ritual que me reconforta, minutos totalmente míos. ¡Que nada ni nadie los interrumpa!

Me visto, a veces recuerdo realizar el protocolo completo y me pongo crema.

Abro la computadora y comienzo a trabajar. Soy tantas cosas, que no sé decir ni que soy, si digo solo una de ellas, siento que me constriño, pero si las digo todas, me avergüenza. Me avergüenza no haber encontrado una sola categoría en la

cual estar, la opinión de los demás, entonces acabo haciendo y siendo mamá, ama de casa, consultora, profesionista, docente, estudiante, juego a escribir, planeo empezar mi propio negocio, asociada, aspirante a psicoterapeuta, esposa, hija, más lo que se sume.

Y me doy cuenta de que lejos está ese ayer, donde fui yo en otro mundo, y alcanzo a ver la constante, donde no sé hacer una sola cosa a la vez, y también logró ver, que a diferencia de ayer, hoy disfruto los pequeños y grandes placeres de la vida, y ya no vivo enojada con la vida y con el mundo, y vivo generalmente sin miedo.

Para este momento el ritmo del día ha ido en *crescendo*, casi vertiginosamente.

Cierro la computadora, y comienzo a hacer la comida, a veces voy de compras, casi siempre abro la puerta de nuevo hasta que ya es hora de ir a la escuela por los pocos años de besos y rabieta, de infinita sabiduría contenidos en un cuerpo de niña, que me sabe leer muy bien, y que con solo dos palabras puede deducir si tuve o no un buen día. Platicamos mientras volvemos a casa, hay ocasiones que es muy difícil concentrarme en lo que me cuenta mientras estoy atenta al caótico conducir de esta, mi ciudad, pero casi siempre trato de comprender lo que me comparte.

Llegamos a casa, casi siempre ya ha vuelto el larguirucho que lleva la mitad de mi ADN. De nuevo el ritual de sal, calor, grasa y ácido. Comemos.

Subo de nuevo los 14 escalones, cierro las ventanas, cierro las persianas, y cierro los ojos. No me cuesta mucho caer dormida, me es necesaria, casi siempre, una pausa en el ritmo (a veces abrumador), que me autoimpongo.

Después de la pausa, generalmente las tardes oscilan en lugares de encuentro dentro y fuera de casa con ellos, a veces juntos y a veces en el mismo lugar pero con diferentes ritmos. Un día a la semana es día de abuelos.

Y cuando cae la tarde, en mi ciudad gris, enorme, abarrotada y caótica, llueve. Aquí llueve cerca de 8 meses al año, llueve casi todas las tardes, y sinceramente no me gusta, no me gusta sentir los pies mojados, ni salir y que exista la posibilidad de que deba continuar mi día con ropa húmeda, pero años de experiencia con el mismo clima, me han enseñado a salir con paraguas, zapatos

repelentes al agua, chamarras impermeables, etc., y a veces, incluso me puedo dar el lujo, de no salir mientras llueve. Esas tardes, realmente las amo. Oír llover, el olor a tierra mojada, ver y escuchar el caos vial, mientras yo estoy en la seguridad de mi refugio, es otro de los momentos en los que agradezco enormemente, estar ahora aquí, y no en esa otra vida, dentro de esta misma vida, donde mi tiempo era de otros.

Ya oscureció afuera, el ritmo de la ciudad se acelera, mientras adentro de mi casa va disminuyendo, superviso de una manera muy laxa tareas y cuadernos, sirvo de cenar y recuerdo la necesidad del baño diario y lavado de dientes. Ocasionalmente estoy en la computadora de nuevo. A esa hora él casi siempre ya está en casa. Como equipo comienza el proceso pre-dormir, bajo de nueva cuenta los 14 escalones. Cierro la persiana, apago la luz, y tenemos unos minutos más juntas. Él y yo intercambiamos hijos, el adolescente acelera su ritmo un poco a esta hora, comienza a platicar más rápido, se atolondra cada vez menos, y cae hasta el día siguiente en la cama.

Cierro la puerta, la ventana y la persiana. Subo los catorce escalones, casi nunca trabajo de nuevo en la noche, generalmente platicamos un rato, él y yo. A veces, nos enredamos en besos y abrazos, casi siempre me desconecto del afuera en una rutina compartida de series de tv.

El ritmo y sonido de la ciudad ha disminuido, me gusta esta hora. Puedo reconocer con mayor claridad la rutina urbana nocturna. Así como la campiña cuenta con grillos y ranas, aquí se oye el rodar de uno que otro auto.

Así transcurren mis días, por lo que prácticamente siempre me quedo con una sonrisa, la satisfacción del deber cumplido, y la sensación de la textura de la sábana entre los pies y la cara en la almohada. Algunas veces caigo rendida. Pocas veces sigue mi mente andando mientras mi cuerpo se aquieta. Cierro los ojos. Hoy no hubo lluvia que me arrullara.

II. Keiko

Principios del siglo XX, y un japonés se embarca a México. Su labor: conocer la tierra de ese, para él, lejano país y regresar tres meses después para aplicar allá, técnicas agronómicas ... sin embargo ya no volvió, una mujer de cabellos trenzados se atravesó en su vida, y decidió emprender camino junto con ella, en país extranjero con lengua y costumbres distintas, y tuvo hijas y nietos y bisnietos. Y a una de sus bisnietas le llamaron Keiko, Keiko Alejandra.

Keiko, niña respetuosa, niña bendecida, niña afortunada, niña feliz, adorada, bendición, práctica, celebrar, respeto, abierto, árbol de canela, decía el *kanji*.

Keiko, belleza, inteligencia y simpatía, decían mis papás que según otro japonés les había dicho que tenía por significado.

Keiko chan, querida, en labios de mi abuelo.

Keikito, para mi tío y mi mamá.

Keikolin, decía una amiga

Keiko, ¿Keiko como la ballena? Era la respuesta casi invariable de muchos, los otros, durante algún tiempo, primordialmente mi adolescencia, donde incluso intenté ser Ale, pero nunca me he sentido Ale, ni Alex, ni Alejandra.

Keiko, no solo es mi nombre, a veces ha sido casi una sentencia, una carga, pero también lo he vivido como afrenta, con rebeldía, como un regalo, por que me ha permitido verme distinta, ser diferente, por momentos única en este lado del globo.

III. Imagen

Según Wikipedia, “una imagen (del latín *imago*) es una representación visual, que manifiesta la apariencia visual de un objeto real o imaginario. Aunque el término suele entenderse como sinónimo de representación visual, también se aplica como extensión para otros tipos de percepción, como imágenes auditivas, olfativas, táctiles, sinestesias, etc. Las imágenes que la persona no percibe sino que vive interiormente, se las denominan imágenes mentales, mientras que las que representan visualmente un objeto mediante técnicas diferentes, se las designa como imágenes creadas.”

Así pues, esta es la imagen que devuelve el espejo: Frente amplia, cejas pobladas, ojos verdes. Nariz y boca, medianas. Mentón redondeado. Cabello debajo de altura de los hombros, parcialmente ondulado, con algunas canas.

Como estrellas, en el cielo nocturno, pecas y lunares, algunos de ellos forman figuras, como el de la mejilla izquierda, que parece la cara del cinco de un dado.

Marcas de expresión, también, que manifiestan que se ha vivido.

Yo soy esa.

1.62 centímetros.

62 kilos.

43 años.

Piel cerca del *pantone* 488.

7 cicatrices que puedo mirar.

1 tatuaje, que ya perdió el color.

También soy esa, si me detallo a través de números.

Y también se dice de mi, que soy intensa, misteriosa, desesperada, compleja, transparente, inteligente, clavada, comprometida, traicionera, acelerada, sensible, enojona, complicada... Y si, yo lo soy. Y a la vez, no lo soy, ya que todas acaban siendo etiquetas, y muestran sólo eso que soy, según la percepción del otro, y en algún momento y circunstancias determinados.

Soy aquella a la que le gusta tener varias actividades y luego –casi- colapsa, por querer hacerlas todas, y hacerlas lo mejor posible. Yo soy la que puede vivir sin música, y también soy aquella que se ha dado cuenta que la misma puede cambiar estados anímicos.

Soy a la que le cuesta llamar a la gente amigo, y que puede tener sentimientos de aprecio sin expresar. Soy la que admira a los que logran tejer historias con palabras.

Yo soy, quien colecciona títulos y grados, y no los usa, la que disfruta *el proceso* de aprender, la que quiere cambiar de barco a la mitad de su vida.

Yo soy a la que le gusta andar descalza, la que ama su cama, y le gustan las hamacas. A la que le gusta sostener tazas calientes en las manos, la que necesita

una pausa en las tardes. Y si, también soy la que ama el viento y el sol, el mar, el olor a tierra mojada, a hierba recién cortada.

Yo no soy la que se paralice de miedo, de hecho, soy la que aún cobarde, temerosa, se ha vuelto rebelde, salvaje, y por todo esto y tanto más es que mi mundo complejo, acelerado, con muchas aristas, colorido, cada vez menos melancólico, es un mundo de movimiento, de pedazos de imágenes, recuerdos, experiencias, deseos y cuentos privados.

IV. La palabra recibida

Curioso, que yo que disfruto tanto La Palabra, que admiro a quien logra crear mundos con ella, no pueda recordar una frase concreta que me haya sido dada por las mujeres de mi vida. Creo que ha sido mucho más importante su Presencia, su ejemplo, y de alguna manera, su interacción conmigo desde la palabra escrita, y es en ello en lo que voy a detenerme esta vez.

a) Mi abuela perdió la vista. El mundo se le fue desdibujando poco a poco. Por lo que cuentan desde sus 20's, ya tenía problemas de visión, pero muy seguramente todo empezó desde antes, tal vez por eso fue una niña demasiado tranquila, rasgo de personalidad que la acompañó toda su vida. Mi abuela, ya no veía cuando yo nací, por lo que nunca me conoció a través de la vista.

Cuando yo era adolescente, y había encontrado ya en la palabra escrita la puerta a otras realidades, ella me pidió que le leyera. Seguramente fue una forma de vincularse conmigo y parcialmente una necesidad de seguir viviendo aventuras a través de la imaginación. Le leí las mil y una noches, seguramente nos llevó menos de los casi 3 años que le tomó a Scherezada, y así como a ella de alguna forma postergó mi vida, y también me dio mucho más que lo que recibió el Sultán.

b) Mi mamá me compró una colección de cuentos de hadas para niños cuando era aún muy pequeña para leer, por lo que al principio, ella leía y yo escuchaba. En cuanto pude comenzar a leer por mi misma, repasé esa colección y siempre se encargó que hubiera libros en casa, desde un cuento con imágenes de una ardilla muy ordenada y una paloma desorganizada, que usaba no tan ocultamente para

fomentar el orden de casa, pasando por Tom Sawyer, Mujercitas, Corazón diario de un niño, tres hombres en una barca, entre otras obras clásicas infantiles, hasta que yo comencé a decidir que quería leer. Mi mamá de alguna manera me regaló esa conexión con la palabra escrita, abrió la puerta para echar a volar la imaginación.

c) Los martes de 11:00 a 12:00, por poco más de dos años, me reuní con ella. Es Argentina, exiliada en México desde el terrorismo de estado de su país. Alta, rubia, independiente, rozando los 70 años, y se ve de muchos menos.

Llegué a ella, en un impasse en el que sabía que no quería seguir siendo la que había sido, ni haciendo lo que había hecho, pero no sabía como construirme de nueva cuenta... Y me sirvió de espejo, de caja de resonancia, de acompañamiento, de modelo y de ejercicio ante el mundo real, fuera de las cuatro paredes de su consultorio. Con ella tuve una vinculación, además de la Palabra enunciada, con la escrita. Al principio me prestó libros (Y apuntaba en su libreta qué me había prestado y cuándo debía devolverlo. Nunca fallé.) Después empezó a regalarme los libros, y ponía en ese regalo no solo un ahorro económico, que para mí era importante en ese momento, sino también una suerte de herencia de vida y conocimientos. En ocasiones comentamos el contenido del libro, a veces me preguntaba si ya había empezado a usar en la escuela lo que me había regalado, su acompañamiento de cierta manera fue formativo desde La Palabra y el ejemplo, y aprendí a mirar reflexivamente aquello que leo por gusto y por "obligación". Como si trezáramos de alguna manera mi experiencia con la palabra regalada.

V. Rompecabezas de memorias

Mi mapa de tesoros, aquello que puedo evocar para ponerme contenta, está plagado de recuerdos, rompecabezas de historias. Bromuro de plata y luz, antes, y ahora valores de voltaje, y si también fotografías en las que nunca se oprimió el obturador, pero han quedado marcadas en mi memoria y son parte mí.

Muchas de ellas, la mayoría, se han gestado en los viajes, donde soy yo siendo distinta, aquellas veces que duermo exhausta, tras horas de caminar, de ver un mundo, ciudad y ritmo diferente al mío, donde la comida, el lenguaje y sus significados, los olores y los caminos son algo novedoso y hasta desconocido. Pero no solo es eso, otro componente importante es el movimiento ... Entre vuelos, en camión, tren, auto, barco, y hasta en teleférico, donde el movimiento de afuera, me ayuda a bajar la intensidad de mi movimiento interno, donde mi ritmo disminuye.

No importa si el destino fue ciudad, playa, desierto o montaña. Si está a 130 o a más de 16,000 kilómetros de lo que llamo hogar, si voy por un día y duermo por la noche en mi cama, o si hasta por 3 meses descanso en lugares tan distintos que pierdo la noción de dónde estoy.

Mi mapa de tesoros está plagado de esos recuerdos. Rompecabezas de memorias. Tal vez sea así por que con esas piezas nuevas, puedo de-construirme y construirme distinta a la que fui cuando partí.

VI. Huellas

Veo hacia atrás y puedo ver las huellas que marcan los diversos caminos que me han traído hasta aquí, y advierto que hay cuatro que por su duración, intensidad e importancia, resaltan respecto del resto del paisaje, a veces corren paralelos, alguno de ellos se corta abruptamente, otras veces se han llegado a traslapar, estos son:

a) Las huellas profundas y lodosas, en terreno poco firme, que en su momento percibí como seguro, de cuando trabajé para el Gobierno. Los ritmos marcados por años de rutinas no reflexionadas ni cuestionadas, casi con olor a hastío, a desesperanza, a costumbrismo, que empapaba a todos y a todo, ahí donde mi tiempo era de otros y donde en ocasiones me llegue a sentir abrumada, defraudada, confrontada, donde no me gustaba, donde más pude tocar por turnos, mi victimismo y mi tiranía, zona gris que trasmite y encarna monotonía y maldad,

volviéndome igual. Varios años de caminar diario, lo hace tal vez el más profundo, no puedo obviar lo que me dio y lo que me quito, cómo impactó en lo que quiero y lo que no, y también es ahí donde la sensación de tocar fondo, me ayudó a dar un salto al vacío y dejar de marcar huellas en el lodo.

b) Mis huellas, tambaleantes en roca, las huellas de ser madre, las que más miedo me han dado, a lo que más me he aproximado con duda, con confusión, y también con mucho amor.

Durante algún tiempo incluso se han llegado a traslapar, primero con las huellas de lodo, y ahora con el camino que estoy arando, por lo que a veces me siento culpable de no priorizarlo más. Sin embargo, son mis huellas más satisfactorias, las más conmovedoras.

Estas huellas se componen de amamantar, de guiar, de educar, de aprender para entender si lo estoy haciendo bien, de tener nuevas ideas, de tomar cursos, de juegos, de inventar cuentos, de leer historias, de pelis, de andar en bici, de viajes, de aprender a hacer comida para ellos, de hacer cosas juntos, de crear vínculos, de masajes en la espalda y en los pies, de tardes de pizza y refresco cada quince días para relajar la disciplina, de disciplinar, de poner límites, de regaños y también de frustración y de enojo, de *verme* en ellos, de reconocermes y también tratar de ser mejor, diferente, por mí y para ellos.

c) Las huellas sobre pasto verde y flores, las más disfrutables, las que hacen cosquillas en los pies, las huellas solo para mí, las que más disfruto. Estas huellas están compuestas por los tiempos que son sólo míos, lo que gozo, el sentir mi cama a media tarde, los líquidos calientes a través de mi taza, oler el té limón, nadar, darme cuenta cómo estoy respirando, estudiar lo que me gusta, *ahora escribir*, a veces tiempo de meditación, observar las plantas en mi jardín, la sensación de cuando he concluido satisfactoriamente algún trabajo. Amo estas huellas, por que son para mí espacios de recogimiento, soledad y disfrute.

d) Las huellas coloridas sobre hojas de distintos tipos y colores, las más divertidas y las más cansadas, las más *diferentes*, los viajes. Amo viajar, desde siempre.

Los viajes son algo que compartí primero con mi familia de origen, generalmente eran viajes en carretera, en los que se combinaba el romper la rutina, con horas de convivencia familiar en el carro, en los que llegaron a pasar situaciones muy fuera de lo ordinario, donde se combinaban risas y molestia, lo cómodo y lo incómodo, dejándome recuerdos imposibles de etiquetar en una sola categoría.

Recién cumplida la mayoría de edad, viajé de intercambio con la escuela, 20 adolescentes y adultos jóvenes de dos países distintos conviviendo durante un mes, risas, discusiones, confidencias, alianzas, confusiones, intensidad.

Tres años después un viaje a Europa por tres meses, el primero que yo me pagué en su totalidad, el poco presupuesto significó dormir en hostales y en camión, comer pan con jamón, tomar vino en vez de agua –por que era más económico–, caminar por horas, asombrarse con las diferencias, conocer gente, conocerme a mi, y desde un lugar diferente a mi compañera de viaje, para regresar y viajar, recién desempacada con una pareja de amigos a la región más ecuatorial de mi país, como regresé de Europa, sin trabajo y sin dinero, la ida implicó viajar como inmigrante ilegal, literalmente.

Cuatro años después Japón, Singapur, y otros varios países de Oriente.

En el inter, antes y después, viajes en mi país, combinaciones drásticas de ciudades coloniales, cientos de kilómetros y playa en el mismo viaje, para que la totalidad de los viajantes tuviéramos nuestra dosis de gusto. Otra vez Europa, ahora en tren, con el compañero de genes.

Viaje a una playa con fama de fiesta, con amigas, pero en este vivir fuera de norma -como normalidad- (o tal vez al revés y sea muy dentro de **la** norma), en lugar de no dormir, bailar toda la noche y levantones del sexo opuesto, dormimos todas, toda la noche, en un kínder.

Más y más viajes en mi país, casi de punta a punta, ahora con él. Otra vez Europa. Viajes en avión, viajes en carretera. Cruce de fronteras en carro, muchas veces al norte y una vez al sur. De trabajo viajé mucho durante un año. Viajes ya con los hijos, viajes de dormir en hoteles de todas las categorías, incluso en una

lavandería, viajes de dormir bajo las estrellas, en el bosque, en el desierto, en la montaña, y hasta en el mar. Viajes sola. Huellas que no marco solo con los pies, casi es como si dejara la impresión de todo mi cuerpo sobre las hojas de colores, y de alguna manera ellas en mí.

VII. Mis ecos

El eco es un fenómeno acústico producido cuando una onda se refleja y regresa hacia su emisor. Puede referirse tanto a ondas sonoras como a electromagnéticas. El efecto acústico producido por la reflexión del sonido una vez acabada su primera exposición. Podría decirse que este reflejo o reflexión es semejante al que producen las ondas de la luz en los espejos, pero con ondas sonoras o electromagnéticas. (Wikipedia)

Estos son mis ecos:

a) *Tía Mi.*

Figura breve, no más de 1.50.

Ojos vivaces, oscuros.

Cabello negro, corto y rizado.

Mi tía abuela. *Tía Mi.* Elodia.

Rebelde, fuerte física y emocionalmente.

Mis recuerdos de ella comienzan en sus sesentas, sin embargo la conocí desde antes por sus propias memorias y fotografías.

La niña de siete, que como torbellino entraba a su casa con el cabello pegado en la frente de tanto sudar, tomaba agua y salía a seguir corriendo con sus amigos.

La que de tan curiosa descubrió en su escuela un pasadizo con un gallinero y reliquias de las monjas que lo habitaron antes. La adolescente que confronta, que cuestiona, que avanza.

La mujer fuerte, rebelde, aquella que no le temía a su madre, a los hombres, ni a nada, la que cargaba un seguro en la solapa y hacía justicia por su propia mano cuando alguien llegaba a molestarla. La que *decidió* no casarse. La anciana que

como roble se encargaba de si y de otra, de otros, al a que no le daba miedo la muerte.

La adelantada a su época. La que no le preocupaba lo que pensarán de ella.

Muy probablemente a través de su figura, a través de sus fracturas a la dinastía familiar, permitió que entrará aire y luz, para las mujeres que llegamos después de ella.

b) Beatriz

Nos conocimos a los 10. Seis meses exactos de diferencia de edad, siendo ella la mayor. Fuimos inseparables el primer año... y se mudó a Puebla. Volvió un par de años después. Crecimos juntas, volviéndonos casi como la hermana que nunca tuvimos.

Nos peleábamos, discutíamos, nos tomábamos de la mano cuando salíamos a la calle, reíamos, nos contábamos nuestras dudas, miedos y secretos, compartíamos ropa, historias y momentos.

Fuimos confidentes, compañeras de aventuras, acompañantes, *amigas*.

Y empezamos a crecer a ritmos y hacia rumbos diferentes.

Pasaron 10 años, y ya éramos distintas, yo demasiado enfocada en concluir la etapa que tocaba en ese momento y *a lo que sigue*, en hacer lo que se esperaba de mí, y ella en tapar lo que sentía con alcohol, cigarro y café, en no ser lo que se esperaba de ella, sino lo contrario.

Lo suficientemente distintas como para que en un momento dado las diferencias pesaran más que la relación. Tuvimos que distanciarnos un par de años más y flexibilizarnos un poco, para continuar siendo eco la una de la otra.

Volvimos a vernos desde un lugar diferente, tal vez menos cómplice y más acompañante, y pasaron 15 años más, y a mi en el inter me pasó la vida; estudios, trabajos, relaciones, hijos, mudanzas, movimiento. Mientras a ella le pasó la muerte, la de su hermano, la de su abuela, la de su padre, y también la suya en vida, el miedo a estar, y sus días pasaban con café y cigarro, en casa de su madre, sin salir, quietud.

Llegamos a un punto sin retorno, el quiebre definitivo de la relación, donde el cariño dejó de ser suficiente para sostener la diferencia, sin embargo todo el tiempo que estuvimos, escuchamos, acompañamos, comprendimos, aceptamos, compartimos.

La vi hace un par de meses en el supermercado, ella también me vio, yo iba con mi hija, ella con su madre. Solo nos separaba una persona en la fila para pagar. No nos saludamos.

VIII. Aventura y seguridad

Una extraña combinación entre aventura y seguridad han sido deseo constante en mi vida, si veo hacia atrás mis primeros deseos concretos se constriñen tal vez a una muñeca en especial, que nunca llegó al árbol de navidad, o que mi abuelo hubiera vivido más tiempo.

Deseo, como la meta a alcanzar, lo que implica dedicación y esfuerzo, casi como una cumbre, fue en principio encajar, pertenecer, *no ser diferente*, a estas cumbres he vuelto, ahora orgullosa de no haberlo logrado, de ser distinta, única e irrepetible, compleja con todo eso que puede considerar virtud y defecto en mí.

Después las cumbres se convirtieron en el reto académico y/o profesional *que seguía*; en estas cumbres nunca me cuestioné si era lo que realmente deseaba, tal vez era como seguir la inercia, en algo que me sabía competente. Sin embargo hace un par de años volví a la escuela, desde un lugar diferente, en el que cada semestre reflexiono, si es para allá a donde quiero encaminar mis huellas.

Y los paisajes que realmente alimentan mi espíritu y me dan ímpetus para seguir adelante, han sido paradójicamente como ya dije aventura y seguridad, *al mismo tiempo*.

La primer ocasión en que tengo presente esta combinación, fue recién salida de la Universidad, mi deseo más grande era *vivir* en ciudad extranjera, comer y estudiar en otro idioma, recorrer calles de otro país, de manera cotidiana por un par de años, esa era la parte de aventura, la seguridad estaba presente en el trabajo que ya tenía, en esa cumbre ganó la seguridad.

La segunda cumbre fue comprar mi hogar, ahí de alguna manera algo extraña ganó la aventura, invertí todos mis ahorros, en tener un espacio que pudiera llamar mío, no quería endeudarme por décadas. En la superficie puede verse como que volvió a ganar la seguridad, sin embargo, las circunstancias, cuando decidí comprarlo, el proceso en si y su culminación, realmente fueron una aventura.

Ha habido cumbres intermedias, que son el equilibrio perfecto entre aventura y seguridad, *los viajes*, por que tienen fecha de caducidad, y a la vez soy yo pero diferente. De los viajes he hablado antes, hoy solo retomo que el próximo viaje, o el último viaje, o el más largo, o el más frecuente, o el que sea, es un lugar seguro, amable y reconfortante a donde regresar, a donde ir cuando necesito recuperar fuerza, a donde enfocarme cuando quiero claudicar.

Hoy hay dos cumbres, muy precisas.

- a) *Vivir de lo que me apasiona*, y sigo viendo la parte de aventura, dejar 20 años de carrera atrás y dedicarme a algo que no sé si vaya a resultar, y seguridad, no sólo en el aspecto que me pueda *dar* seguridad, un poco la certeza, que ahí me siento un poco más yo, que esa manera de ganar el sustento me hará sentir más cómoda, menos *conflictuada*, que me gusta y me gusto en ese lugar.
- b) *La casa*, la casa no existe realmente, a veces está en Coyoacán, a veces en San José Insurgentes, a veces en la Condesa, incluso ha estado en Querétaro y en Guerrero Negro, también ha estado en San Diego y en Nueva Jersey, más como fantasía inclusive puede estar en la campiña italiana o en la francesa.

La casa, generalmente tiene dos pisos, y un jardín cuadrado y grande con al menos dos árboles frondosos. La casa tiene una biblioteca, un área grande de lavandería y un despacho, tiene espacio para guardar dos carros, tres recámaras y un cuarto de TV/juegos, también tiene una cocina amplia, con isla central, y una sala comedor espaciosos. A veces tiene un salón a doble altura y grandes ventanales. La casa a veces está pintada de color rojo, a veces tiene enredaderas. La casa, probablemente sea una

cumbre, no por ser la casa en sí, tiene un poco de componente de *lo que sigue*, pero su mayor componente es de comodidad, de espacios completamente míos, nuestros, de los 4, contruidos específicamente a nuestra imagen, deseos y necesidades.

IX. Tuza

Hay palabras que de alguna manera se repiten en las historias personales, son palabras que dan fuerza, sostén y de alguna manera nos marcan, la mía llegó a la casa como un regalo. No llegó sola, acompañaba justamente a una tuza de peluche y un juego de tres joyeros de bambú. Una ofrenda de amor en un matrimonio recién gestado.

Comenzó a tomar forma, como un puente de comunicación entre dos mundos que habían colapsado para crear uno nuevo, *mi matrimonio*.

Teníamos poco de habernos casado y hablábamos lenguajes distintos, sino literalmente, si teníamos una forma distinta de acercarnos a las palabras, sus usos, potencias y significados.

Así que la tuza física, fue una emisaria para pedirle disculpas, a él, por algo que hoy no recuerdo.

Poco después, se fue convirtiendo en mi apodo, mi palabra de cariño, y empecé a ser *la tuza* ... por que me *entuzo*, por que duermo mucho y por que me hago bolita cuando me preparo a dormir.

Siguió siendo puente de comunicación, e incluso escudo, para decir de manera velada lo que me molestaba, entonces surgió el *Mal tuzo* y el *maltuseaste*.

Compartí entonces el *Tuzo*, que a veces se vuelve *Tuxo* con mi marido, y llegó incluso a sustituir su nombre. Y se hizo espejo y lenguaje de amor.

Con el primer hijo se amplió su utilización y el también fue un *tucito*, volviéndonos clan.

Embarazada de la segunda, hasta *los amigos*, sabían que me entuzaba, y fantaseaban con que estaba cortando papel periódico para hacerle *su nidito*. A su arribo, ella también se convirtió en *tucita*.

Ahora, mis hijos a su papá le dicen *Tuzo*, y mi hijo, cuando yo no estoy, se refiere a mi como *la Tuza*.

La *tuces* ha servido de puente, de escudo, de lazo.

Hemos sido tuzos. Buenos tuzos y malos tuzos, por lo que incluso es un verbo y un calificativo. Es un resumen, ya que abrevia un comportamiento. Nos significa.

Se es Tuzo. Somos tuzos. Soy la tuza. Y con esta palabra constante, reímos y nos perdonamos. Nos abrazamos, hasta podría decir, que nos acariciamos el alma un poco.

X. Satori

Sentido de vida, desde un punto de vista filosófico, en concreto desde la mirada de Sartre, el es un atributo que nos hace contactar con la angustia existencial.

Angustia.

Me es fácil contactar con la angustia, la existencial, y también con la ansiedad, es decir con su variante, digamos ... más disfuncional.

Y en relación con mi sentido de vida -una causa de angustia-, el encontrar mi estrella, mi misión, como lo mencionan en el manual *Secretos, leyendas y susurros*, "*Las mujeres, en cambio, ocupadas en seguir los designios que otros nos han impuesto, hemos visto oscurecida nuestra estrella.*"

Es cierto, de alguna forma mi estrella no ha sido del todo clara. Durante mucho tiempo caminé bajo cielos nublados, cerrados, en los que no alcanzaba a ver luz alguna, también he estado mucho tiempo en *la* ciudad, por lo que las luces artificiales, han opacado el brillar de mi estrella, y en otras épocas habiendo tantas otras en el cielo, no he logrado identificar cuál de todas es *la mía*.

Sin embargo, hay un resplandor que no es externo, al contrario, emana de mi, no es algo natural, y me ha significado esfuerzo, por lo que no está siempre presente, a veces sí, a veces no.

Me refiero a la consciencia, *awareness*, darse cuenta, *Kensho*, vivir el momento presente. ¿Porqué es está y no otra, mi misión de vida? Seguramente, justo por mi tendencia contraria a escapar de la realidad, a fantasear, a evadirme, a estar

pensando en otro momento y otro lugar, más que ver qué es lo que realmente está.

La vida, incluso, me ha pasado un poco, tratando, deseando de estar en un lugar distinto, en un tiempo distinto, pienso entonces en cierto grado perpetuo de *insatisfacción*.

Al ser recurrente, por diversos caminos, he buscado apagarlo, contenerlo, encauzarlo, y si bien he tenido atisbos de cambios, que según las circunstancias duran más o menos tiempo, se ha vuelto, desde hace unos años parte fundamental en mi vida.

Parte integral. Parte de mí. Al principio, al no poder hacerlo *real*, lo marqué en mi piel, al centro de mí, al reverso de mí, como un exorcismo, un recordatorio no visible, una sanación.

悟
り

Satori

“Satori es el momento en que se descubre de forma clara que solo existe el presente (donde nace el pasado y el futuro), creándose y disolviéndose en el mismo instante; con lo que la experiencia aclara que el tiempo es solo un concepto, que el pasado y el futuro son una ilusión al igual que todo el mundo físico. Satori es un momento de comprensión al nivel más alto, es ir más allá de la experiencia terrenal.”

Si bien se ha ido borrando, de alguna manera su tinta ha permeado, a través de esos muchos caminos en mí, en mi estar en el mundo, en mi actuar, pensar y sentir.

Satori ... perderme y encontrarme en los ojos de mis hijos, hacer el amor, el olor de casa de mis padres, de la almohada que comparto con mi marido, de la tierra húmeda, del té limón, del pasto recién cortado.

Satori ... darme cuenta de mi respiración, nadar, sentir mis músculos, ser consciente de mis movimientos.

Satori... sentir que me estoy enojando, identificar qué es lo que me enoja.

Satori... tener la certeza que tengo el poder para cuidarme, para alejarme de aquello que no me agrada, que no quiero, que *siento* que no es bueno para mí, de eso en lo que no me gusto. Que puedo actuar.

Satori ... ver cinco objetos, escuchar 4 estímulos, tocar 3, oler 2 y gustar 1.

Satori... registrar las sensaciones de mi cuerpo y significarlas.

Satori... escuchar al otro, a mis hijos, a mis padres, a mi marido, estar, estar, estar presente, ser con ellos.

Satori ... esa es mi estrella, estar, disfrutar, sentir, cada momento, ahora, solo ahora.

XI. Proyecto desprincesamiento

Bebí de la copa que me alcanzaste. Cerré los ojos, y los abrí de nuevo. Me recargué en tu hombro. Te di un beso, otro y otro más. Entrelacé mi mano con la tuya. Rocé tu pierna con un dedo. Susurré tu nombre y te pedí (al oído) que trazaras mapas con mis lunares, que tejieras cuentos con mis dedos, que dibujaras escenas en mi espalda.

Escondí mi cara entre tu pecho y mi cabello. Inhalé, inundándome de ti. Respiro tu aliento. Doy un último trago y me incorporo, te doy la mano y cuando te levantas me abrazo a tu espalda. Enredada en ti, después de que hayas recorrido cada centímetro de mi cuerpo y de mi alma.

Quiero reflejarme hoy, por siempre jamás en tus ojos. Te miraré pérdida en ti. Embriagada de ti. Colmada de ti. Te miraré. Y los días de frío, me aferraré a ti, a tu espalda y cerraré los ojos y desearé besarte. Y me odiaré un poco, y venceré el miedo ... y caminaré de vuelta, y te hablaré de frente, y te seguiré al fin del mundo, y dejaré todo por ti, y los tacos altos, y las galerías y mis pasiones y New

York, Japón, Dubai, Madrid, Italia, Londres, París, Milán y Singapur, serán solo escenarios temporales para dos, para ti y para mi.

Para recordar entonces, la otra noche, la otra vida que no existe, las tardes interminables, los días breves, tu barba cosquilleando cada centímetro de mi piel, tus manos anclándome a tu pelvis, a tu pecho, a ti, a tu vida, para darme cuenta que aunque huya de todo, nunca huiré de ti. Para que al caminar descalza sobre la duela tibia, después de que la tarde haya bañado de sol mi rincón favorito, y yo esté sentada mirando a través de la ventana, inhale y confiese, que yo no soy esta.

Esta es la idea, la vena romántica que nunca ha sido real, por que en relación con el, con mi opuesto complementario no me doblego, ni soy sumisa, no soy sumamente erótica, ni fiel seguidora, tampoco entregada ni sombra.

Y es que la idealización es contraria a la practicidad, el tiempo y la costumbre son más densos que las imágenes románticas que están, tal vez al comienzo de la relación, pero que son imposibles de sostener a través de la vida real. Las decisiones y elecciones basadas en la igualdad, en el no querer depender ni necesitar, me han traído a estar con él, en donde somos uno más uno, caminando a veces juntos y a veces hacia destinos distintos.

Porque mientras comparto cama y vida con mi contraste, quien me ha apoyado y quien ha estado en los peores momentos, y viceversa, en los que no hay glamour ni opulencia, en las lágrimas, en la enfermedad, en el diario transcurrir, y también en los instantes de felicidad, en las cuentas por pagar, en la crianza y el descubrimiento, en los viajes, en las noches de televisión, me pregunto si ser fuerte, guerrera, ser yo con él, sin necesidad de el, a pesar de el, gracias a el, contra el, es mejor que la idea romántica de tener una vida de princesa, contraria a mi esencia de no seguir y dejar de ser para ser sombra. Inhalo y me doy cuenta, que me gusta donde estoy, quien soy, con quien estoy, así, sin ser idea, sin ser adorno, sin ser princesa.

XII. Más allá de mí

Observar, en silencio, el mar, el bosque, el lago... la pared.

Respirar profundamente.

Conmoverme con la combinación rítmica de sonidos y voces.

Sentirme pequeña en los templos de techos altos, enormes, o presente en la sala pequeña, y a veces un poco incómoda pero confiada en el localito azul.

Oler, incienso, ruda, aceites varios. Olores, memoria inmediata.

Saberme parte de algo más grande que yo.

Confiar, confiar ciegamente. Dudar. Alejarme. Regresar, a veces.

Crear en ese poder superior fuera de mí pero también en mí, (que ha tenido muchas caras), que en ocasiones pareciera escuchar y hasta cumplir mis deseos y caprichos, y también pareciera poner pruebas existenciales, en las que invariablemente he encontrado consuelo al saberme vulnerable, acompañada, apoyada, contenida.

Estar por instantes en paz, sin esta prisa interna, siempre presente.

Detenerme. Sentirme. Sentarme. Hincarme. Reflexionar. Escuchar.

Adorar. Las religiones exigen cierta dosis de adoración, y es justo en la adoración donde me vuelvo rebelde. Entiendo los ritos de varias y puedo obedecerlos, de hecho los he obedecido y sin embargo hay algo en la obligatoriedad del dogma, en la aceptación sin reflexión, en el fanatismo, que me divide, que me separa de la unicidad.

Es por ello que he ido formando una espiritualidad con pedazos de muchas de ellas, así es mi espiritualidad, así convivo con mis espíritus, así mi espíritu, de construido y vuelto a construir.

XIII. Cierro.

Poco más de dieciséis semanas, desde que comencé esta otra forma de mirarme a través de La Palabra. Impasse de vacaciones de por medio. Y en letra de Juan Gabriel estoy *en el lugar de siempre, en la misma ciudad y con la misma gente*, sin embargo, hoy es diferente, más cómodo, más lento y con más quietud.

Me he tomado con calma la vuelta a casa, no he retomado del todo la rutina diaria, encontré otra forma de mirar (al entorno y a mí) y aunque sé que este año tendré la agenda más saturada, el ejercicio semanal de verme y compartirme a través de las letras, me parece, le ha restado velocidad a mis días, también sumé paz, verme bajo una luz distinta, y sumé la manía o la nueva costumbre, de a veces, redactar en silencio y para mí, cosas que pasan, que me pasan, que deseo, que imagino. Sumé la gana de escribir más, me encantaría, incluso más en serio, y si bien no sé si tengo el talento o la habilidad para ello, estoy cierta que por ahora no cuento ni siquiera con el tiempo, pero queda como una semilla, que tal vez a su tiempo pueda dar algo.

Y reconozco que nunca me han gustado los cierres, al menos no los oficiales, tajantes, prefiero más aquellos que de alguna manera se desdibujan, creo que este cierre me deja satisfecha, incluso contenta, y de alguna manera la coyuntura de la pausa, me permite tener un cierre más sutil, más amable.

Me llevo también algo así como un *apapacho* interno, el buscar la manera de decir (me), de expresar a través de la escritura, me deja, a riesgo de sonar cursi, con el corazón calentito y con alas en los dedos.